

Tomada razón.
SERMON

PREDICADO POR EL SR. PBRO.

D. PONCIANO PEREZ,

PARA ALABANZA DE LA

Madre Sma. de la Luz,

EL 2 DE JULIO DE 1910,

CELEBRANDOSE EL CENTESIMO SEPTUAGESIMO OCTAVO
ANIVERSARIO DEL ADVENIMIENTO DE LA SAGRADA
Y MARAVILLOSA IMAGEN A ESTA CIUDAD.



Publicase á devoción del Sr. D. José Calvillo Vega, á quien tocó en suerte solemnizar en este año
tan grato recuerdo.



LEON.

IMPRESA DE «EL COMERCIO,» INDIO TRISTE NUM. 12.

1910.

GOBIERNO ECLESIASTICO
DE LEON.

León, Agosto 16 de 1910.

*Visto el dictamen favorable del Señor Censor,
concedemos nuestra licencia para que se imprima
y publique el Sermón predicado, el 2 de Julio del
corriente año, por el Sr. Phro. D. Ponciano Pé-
rez, con prevención de que no vea la luz pública
sin que previamente sea cotejado el impreso con
el original por el mismo Sr. Censor.*

*El Ilmo. Sr. Obispo diocesano lo decretó y
firmó.*

M. F.

✠ *El Obispo.*

Angel Martínez,
Srio.



*Et radicavi in populo honorifica
to, et in parte Dei mei haereditas
illius.*

*Y me arraigué en un Pueblo hon-
rado, y en la porción de mi Dios que
es su heredad.*

Eecll. e. 27, v. 16.



MIOS cantares sean siempre para tí; llénese mi boca de tu alabanza para cantar tus glorias todos los días de mi vida. No me deseches en el tiempo de mi vejez, cuando ya me van faltando las fuerzas; porque con las fibras de mi alma encordé siempre mi laúd para modular tus grandezas; y quiero que tu amor se lleve el postrer suspiro de mi corazón con el último acorde de mi lira.

Leoneses: más resplandeciente que el astro rey, hoy amaneció para vosotros el más hermoso de los recuerdos que se registran en vuestros gloriosos anales. Hoy es el centésimo septuagésimo octavo aniversario del día venturosísimo en que el Verbo omnipotente resonó en este lugar, y, abriéndose los cielos, y estremeciéndose de alegría esta tierra, visteis sonreír en vuestros altares á la Madre Santísima de la Luz. ¡Cómo os sorprenderíais al mirarla por la primera vez tan graciosa y amable, que parecía vencerse á sí misma, y tan nueva, por la extraordinaria pompa de belleza, de cortejo y de gloria, como en ninguna otra parte se ha manifestado! ¡Cómo pudisteis resistir la luz tan viva y tan copiosa que derramaba su celestial semblante, parecida sólo á la luz del eterno día! ¡Cómo no moristeis de júbilo, al sentir que penetraban en cora vuestro-

zón aquellos rayos de felicidad que despedían sus miradas dulcísimas! ¡Oh mil y mil veces afortunada tierra, ciudad predestinada! Porque es preciso creer en la predestinación de los pueblos como en la de los individuos. Y no hay duda que dondequiera que María fija su morada especial, sea pueblo ó individuo, allí se derrama á torrentes la bondad de Dios, y la señal de su predestinación es infalible. Oid lo que la Señora, al presentarse ante vosotros, os diría, en extremo afable y cariñosa: El que me crió, reposó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces. Y así afirmada soy en Sión, y reposé asimismo en la ciudad santificada, y en Jerusalem está mi poder. Y me arraigué en un pueblo honrado, y en la porción de mi Dios que es su heredad, y mi mansión en la plenitud de los santos.

Como veis, la presencia de Maria entre vosotros acredita que sois el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición; esto es: herencia de Cristo adquirida por el mérito de su Sangre, para que publiqueis, con la santidad de vuestras obras, las grandezas de aquel Señor que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz. Pero notad que en las santas Escrituras, por la certidumbre é infalibilidad de los efectos, se declara algunas veces como presente lo que va á verificarse; y se da por hecho lo que infaliblemente se hará. Hé aquí por qué se llama pueblo honrado aquel á quien María viene á honrar y está honrando; y escogido al que elige; y santo al que santifica; y herencia suya la que está conquistando con su gracia y decoro; y plenitud de santos á la multitud de justos que por su intercesión poderosa remite cada día á las mansiones eternas, hasta completar el número de los escogidos, que forman su preciosa heredad.

Decir, por tanto, quién es esta divina Señora que os visita, y el objeto especialísimo que trae al visitaros, será sencillamente lo que me propongo exponer en este día de tan solemne y gráfimo recuerdo.

¡Ojalá que el Espíritu de Dios se digne alumbrarme y guiarme, aunque sea transitoriamente, para que pueda hablar si quiera una palabra, que, depositada en vuestras almas como una semilla divina, dé frutos de vida eterna.

¡Oh Fuego sacrosanto, haced que la oscuridad de mi entendimiento se convierta en luz; y esta luz se transforme en calor; y este calor, derramado en el corazón de mi auditorio como centellas divinas, se transforme en gracia, en impulso y energía celestial, que lo haga moverse constantemente hasta que consume la obra á que está predestinado desde la eternidad. Concededme esta gracia, Soberano Señor vivificante, por el

amor inmenso que teneis á vuestra divina Esposa, á quien vamos á saludar con la familiar plegaria con que constantemente la invocamos. Ave María.

Es un hecho que reconoce la ciencia, la ley de la atracción y repulsión en todos los seres de la naturaleza. Ley que regula el movimiento y equilibrio de todo lo que se mueve, es como el elemento en que flota la vida del universo. Las fuerzas atractivas y repulsivas de la materia explican los diversos cambios de estados de los cuerpos, y sus diversas combinaciones y descomposiciones químicas, y por consiguiente, la transformación universal.

La simpatía natural para todo lo bueno y lo verdadero, y la repugnancia natural para todo lo malo y lo falso ¿qué otra cosa son sino fuerzas atractivas y repulsivas que, desarrollándose en el entendimiento y en la voluntad, mueven y equilibran el mundo de los seres inteligentes? ¿Me atreveré á decirlo? Como toda verdad es un destello, un trasunto de la Verdad infinita, una imitación de la realidad del mismo Dios, lo diré, aunque sobrecogido de temor: allí en la misma esencia de Dios hay algo parecido á esta ley; algo inefable, como una repulsión divina, que mantiene eternamente la distinción de las personas, y hace que jamás se confundan. Pero sabeis además que en la adorable Trinidad, manteniéndose eternamente una é indivisible la sustancia, hay también algo semejante á una fuerza atractiva que nos hace constantemente adorar en Dios la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad, sin confundir las personas ni dividir la sustancia divina. En toda dignidad y supremacía, de cualquier orden que sea, se observa asimismo esta doble fuerza de atracción y de repulsión. El esclavo teme, como por instinto, acercarse á su señor; el pobre al rico; el débil al poderoso; el perverso teme y huye de la presencia del justo. Como si la bondad no fuera naturalmente atractiva; como si la dignidad, supremacía y cualquiera otra excelencia, carecieran de la simpatía que inspira todo lo bueno en alto grado. Hécho incomprendible é inexplicable sería éste, si no consideráramos que la misma bondad tiene dos faces: una que eleva, encumbra, y reconcentra; y que en cuanto es más excelente, más tiende á la unidad, á la singularidad, á la soledad; á aquella soledad sublime en que vive Dios por falta de rival, *ex defectione aemuli*, por la singularidad de su excelencia, *de singularitate praestantiae*, como decía Tertuliano. Bajo este punto de vista, la bondad (1) es incomunicable, y hasta

(1) La bondad considerada en sí misma y en su punto más alto es la perfección. porque, según Santo Tomás, cada cosa se dice buena en cuanto es perfecta. Bajo este punto de vista, la bondad de Dios, aunque es una, eterna, simple é indivisible, según nuestro modo de entender, y para ayudar á nuestra ruda inteligencia, la consideramos

cierto punto repulsiva: y otra por la cual se difunde, se dilata, descendiendo y se comunica; ésta es la faz atractiva de la bondad.

Dios infinitamente bueno, pero rodeado de infinita majestad, habita en un trono inaccesible á sus criaturas; sólo su presencia puede consumirlas. Apenas, por mandato suyo, pudo Moisés subir al Sinaí á conversar con El, en medio de una nube densísima sacudida frecuentemente por truenos y siniestros relámpagos. Y es tanto el temor que infunde la majestad divina, que los israelitas no podían hablar con Moisés, si este no se cubría el rostro con un velo para ocultar la pavorosa claridad que le había comunicado la conversación del Señor.

Dios, pues, necesita para comunicar con sus criaturas, inclinar los cielos; descender de su trono; esconderse en las tinieblas, como en un pabellón; cubrirse con un velo, y hacer del desconocido, para que nosotros le podamos conocer y amar. Humillarse Dios, empequeñecerse, anonadarse, es la fuerza atractiva de la bondad divina. A este propósito oíd á S. Bernardo: «Temías, oh hombre, acercarte al Padre, y, aterrorizado con sólo el eco de su voz, corrías á esconderte entre los árboles allá en el paraíso. Pues mira, ya él te dió á Jesús como mediador. ¿Qué favores no obtendrá semejante Hijo de semejante Padre? Será escuchado ciertamente por la reverencia que le tiene, porque el Padre ama al Hijo. Pero tal vez temblarás ante la majestad divina de este Hijo, porque aunque se hizo hombre, sin embargo es Dios. ¿Quieres un abogado para él? Recurre á María. Allí no hay más que la humanidad; la humanidad pura, no sólo porque está libre de toda mancha, *pura ab omni contaminatione*; sino también pura porque no hay otra más excelente que pueda sustituirla; *singularitate naturae*. ¿Por qué ha de temer acercarse á María nuestra humana fragilidad? No hay en ella nada de austero, nada de terrible; toda es suavidad y dulzura, toda es piedad, y gracia, y mansedumbre, y misericordia.» María es por consiguiente, el último esfuerzo que hizo el infinito poder de Dios para hacerse accesible á los hombres; su fuerza de atracción más

como formada del conjunto ó suma de todas las perfecciones infinitas; excluyendo, y como rechazando y repeliendo por su misma naturaleza, no solamente todo lo malo, sino aun la más ligera sombra de imperfección, para elevarse como el único ser infinitamente perfecto, y por consiguiente, como el único bueno. Esta bondad trascendental de Dios, que forma su grandeza y Majestad infinita, es propia de El solo, y no es comunicable á ninguna criatura. Y cualquiera de ellas que sin su permiso y ayuda, quisiera acercarse á su trono, siquiera para contemplarla, no sólo sería repelida, sino oprimida por el peso inmenso de su gloria: qui scrutator est majestatis opprimetur á gloria. Prov. 25 27. Esta bondad trascendental de Dios que discurre por todos los atributos divinos antecedentemente á toda conveniencia ó desconveniencia al apetito de los seres criados, que para unos es amable misericordia, y para otros terrible justicia, es la que llamamos aquí incomunicable y hasta cierto punto repulsiva.

irresistible; su gracia multiforme; el primero y el último recurso de los pecadores.

Pero ¿sabeis como se llama, y por qué se llama así la Señora que hoy se ha dignado de visitaros? Escuchadme.

Dijo Dios: Hágase la luz. Y fué hecha la luz. La luz es la primera de las obras del Omnipotente. Parece que el Creador no podía hacer salir del caos á las demás criaturas sin iluminarlo primero con un destello de su claridad infinita.

Dios eternamente pensaba en su Verbo; y el Verbo era Luz; era el esplendor de la gloria del Padre, y la Figura de su substancia. Por eso en todas las obras de Dios resplandece la luz. Luz es todo lo bello en el orden de la naturaleza; todo lo sublime en el orden de la gracia; la gloria no es más que la luz de Dios iluminando directamente las almas que le ven cara á cara, recorrida la nube que tiembla el brillo de su majestad soberana.

¿Como, pues, la creación más sublime, la condensación de todas las bellezas, la expansión de todas las divinas energías en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, y aun más allá de todos estos órdenes, no había de descubrirse alumbrada con todos los resplandores celestiales con que puede alumbrarse una pura criatura? Sí, María, el primer pensamiento de Dios después de su Verbo, aparece iluminada, no sólo con la claridad de los astros matutinos, que la saludan al emprender su vuelo por los espacios infinitos; no sólo resplandece con el fuego deslumbrador de la caridad de los justos; ni con las ráfagas de la luz que despiden las frentes de los escogidos, capaces de eclipsar los millones de soles del firmamento; Ella deslumbra á los serafines, que palidecen cuando vuelan frente á su trono; porque en su cabeza inmortal reposa la luz incorruptible del Verbo como una eterna aureola.

¿Os asombráis al ver tanta grandeza? Pues dejad que siga obrando la Virtud del Altísimo, que el Espíritu Santo descendiendo de un modo especial sobre esta doncella sublime, que entre nubes y sombras de misterios impenetrables le comuniqué el Padre su divina fecundidad, y entonces María, no sólo será luz, sino que, por un don singularísimo, por una gracia omnipotente, por una gloria sobre toda gloria, será y se nombrará con toda propiedad Madre Santísima de la Luz.

Muy digna es María, por su excelentísima dignidad, y por la altísima honra que os dispensa, y por el cariño y ternura maternal que os manifiesta, del afecto que le mostráis en la solemne esplendidez de estos cultos. ¿Cómo no había de ser agradecido un pueblo á quien honra María? ¿Cómo no había de haberos robado el corazón doncella tan amable y niño tan gracioso? Pero, hermanos míos, yo quiero que...

á la Señora se orienten más y se purifiquen, crezcan, se desarrollen y ordenen como lo quiere Ella misma; que vuestra gratitud sea más eficaz, y que el celo por su honra os sea más provechoso.

El agradecimiento es una deuda que por más que se pague, el agraciado siempre queda deudor. Sin duda que vosotros os habeis mostrado agradecidos á María; siempre habeis reconocido sus beneficios; perpetuamente la estais alabando, y generosos en extremo, le dais cuanto teneis para pagar su amor y recompensar sus favores. No hay leónés que no crea deberlo todo á la Madre Santísima de la Luz; no hay en esta tierra un solo corazón que no se estremezca de júbilo al escuchar su nombre; no hay en León un solo avaro para la Madre Santísima; porque el tesoro único de esta ciudad es María. Mas como siempre conviene y es necesario que el efecto se ordene al fin del agente, y como el benefactor se reconoce como causa del beneficio, yo descubro por esta parte que el mejor medio, el principal y sin duda el único de corresponder á un beneficio recibido, es estudiar la intención que ha tenido el benefactor y el beneficio mismo, para ver á donde nos dirige por su misma naturaleza. Levantad, pues, los ojos, y fijaos en ese magnífico cuadro en que resplandece la Madre Santísima. Miradlo bien; á su derecha hay una extraña figura que no corresponde á la pompa y magnificencia del cortejo divino; es el cuerpo desnudo de un hombre en extremo afligido que sostiene la diestra de la doncella celestial. ¿Qué significa esta desnudez junto á María vestida con los resplandores de la gloria? ¿tanta miseria en medio de tan inmensa felicidad? ¿qué tienen que ver las tinieblas con la luz? Señores, este hombre desnudo sostenido por la diestra de María, arrancado por sus benditas manos de las fauces de ese dragón infernal que está bajo sus pies, es la multitud de los miserables, de los afligidos, de todos los que sufren, de todos los que lloran; es toda la descendencia de Adán; son todos los pecadores; es el género humano pendiente del poder de María. Porque el Hijo divino que sostiene en su izquierda, el mediador supremo, ha querido así honrar á su santísima Madre. "Ha sido un consejo de Dios, y un consejo especial de su piedad, dice S. Bernardo, que el Redentor del género humano haya puesto en las manos de María todo el precio de nuestra redención, la plenitud de todo bien; de suerte que si hay en nosotros alguna esperanza, alguna gracia, alguna salud, conozcamos que nos viene de Ella; porque así es la voluntad de Aquel que quiso que todo lo tuviéramos por medio de María." Pero ¿qué necesidad hay de presentar al hombre con esta desnudez? ¿qué quiso María significarnos con esto? Quiso significarnos que así ha

recibido Ella á la humanidad; miserable y desnuda: que sólo ella puede vestirla, enriquecerla y adornarla; quiere que todos conozcamos nuestra desnudez primitiva. ¿Pero qué acaso no la conocemos? ¿no podemos contestar como Adán, Señor oí tu voz y tuve temor, porque estaba desnudo y escondíme? ¿acaso el pecado no nos abre ya los ojos para conocer nuestra desnudez, habiendo dicho Dios al primer delincuente, quién te dijo que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol de que te mandé que no comieras? Es preciso decirlo: hemos llegado á unos tiempos calamitosos en que el espíritu de las tinieblas ya no permite á los hombres que conozcan siquiera como antes su desnudez. Deslumbrado el entendimiento con un aparatoso ropaje de sofismas y absurdos, zurcido con algunos relumbrones de verdad, últimas señales de su grandeza, el don preciosísimo de su libertad no es más que un velo de malicia; engalanado el hombre con las pompas y vanidades modernas, y aturdido con el movimiento estrepitoso de las máquinas y el grito de las locomotoras, no puede oír la voz de Dios, ni reconocer su miseria. Se necesita que María se lo diga, se lo manifieste y se lo enseñe gráficamente, como lo hace en esa misteriosa pintura.

Pero ¿qué va á hacer María con ese hijo desnudo? ¿cómo lo llevará á las bodas eternas del Cordero, si de aquel banquete celestial son arrojados á las tinieblas exteriores, no ya los desnudos, sino los que no van con traje de gala, esto es, con vestidura imperial? Escuchadlo.

Tal como se presenta á vuestros ojos, pero todavía más humilde y en extremo graciosa, sube á los cielos, se abre paso entre las jerarquías angélicas, que la admiran y la saludan como á su reina, y postrándose ante el Padre celestial le adora, y muestra en su anonadamiento y turbación que quiere pedirle alguna gracia. Alargándole El el cetro, que centellea en sus manos, le dice con infinita ternura: ¿qué quieres? Ella contesta: Señor, dí que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno á tu derecha y el otro á tu izquierda. Y á Ella no se le responde como á la madre de los hijos del Zebedeo: no sabeis lo que pedís. Porque Ella sabe perfectamente que el Padre celestial ama desde la eternidad á sus dos hijos: al Hijo mayor, al Unigénito, al retrato vivo, al semejantísimo á su Padre, mejor diré, al igual, al consustancial y al Primogénito entre muchos hermanos; y á su hijo menor, al adoptivo, al semejante á Dios y semejantísimo á Jesucristo, á la imagen visible de la invisible imagen de Dios. Por esta razón al punto se le concede lo que pide; y Cristo está sentado siempre á la derecha de su Padre, y El mismo se encargó de ir á preparar el lugar y el asiento para sus hermanos, *vado vobis parare locum*. Rebo-

sando de júbilo, más hermosa y más iluminada con los resplandores infinitos de Dios, deja las alturas y descende hasta vosotros para deciros: hijitos míos, la noche se fué y el día se acercó. Pues desechad las obras de las tinieblas, y vestíos las armas de la luz. Caminad como de día, honestamente, no en glotonerías ni embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencia ni envidia, más vestíos de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Habrá traje más rico, más vistoso, más resplandeciente que éste? ¿quién podría desearlo mejor y más acomodado á su cuerpo y á su alma, que esta túnica y manto real que estrena cada hombre el día de su bautismo?

Porque todos los que habeis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo. Sí, María es la que os ha confeccionado este traje divino; de su sangre purísima le ha dado el color y la sustancia, y lo ha impregnado todo del perfume de la divinidad, obrando en todo esto la Virtud del Altísimo y la operación especial del Espíritu Santo. Añadiré más: no diré cómo, pero Ella fué la primera que estrenó este vestido magnífico. Porque Cristo ha sido hecho por Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención para todos. Ella misma dice por boca de la santa Iglesia: En gran manera me gozaré en el Señor, y se regocijará mi alma en mi Dios; porque me puso vestiduras de salud, y con un manto de justicia me rodeó, como á esposo adornado de corona, y como á esposa ataviada de sus joyeles.

Pero no basta saber que Cristo es la vestidura magnífica y la armadura de los fuertes que portan los hijos de la luz; es necesario pensar en esa maravillosa transformación á que estamos llamados. El Padre nos predestinó desde la eternidad para adoptarnos por hijos en Jesucristo, y en el mismo, según el propósito de su voluntad. Para mostrarnos Dios el amor inmenso que nos tiene, era preciso que nos predestinara para que fuéramos hechos conformes á la imagen de su Hijo, porque El es el objeto de sus eternas complacencias. Por El ha hecho los siglos, y todo lo ha hecho por El en El y para El. En el principio el hombre fué criado con tanto amor y delicadeza á imagen y semejanza de Dios, porque más tarde Dios había de tomar la figura y semejanza del hombre. Y por haber tomado el Verbo esta forma de hombre, el Padre celestial quiere que todo hombre tome la figura de Dios; y da á todos los que creen en El la facultad de hacerse hijos suyos, y dice que nacen de El, y les infunde el mismo espíritu de Cristo, y les comunica su misma vida. Y así quedan hechos conformes á su Hijo verdadero, tanto en la participación de la herencia, como coherederos de Cristo, como en la participación de la luz y forma divina. Esta es aquella sublime y luminosa transfor-

mación de que hablaba el Apóstol cuando decía á los de Corinto: "nosotros todos contemplando á cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados de claridad en claridad en la misma imagen de El, como por el espíritu del Señor." Ahora bien, como todo conocimiento se hace por asimilación del conocente á lo conocido, y el axioma vulgar filosófico dice, que el entendimiento entendiendo se transforma en todo lo que entiende, ó lo que es lo mismo: todo lo que entiende está en él, y él está en todo lo que entiende, asemejándosele, de aquí resulta que el que estudia á Cristo por medio de la fe, recibiendo en su alma esta luz divina como en un espejo purísimo, comienza á aparecer allí su imagen cada vez más clara, cada vez más pura, cada vez más hermosa, cada vez más grande, según el número de pinceladas de luz y de gracia que da en ella todos los días el Espíritu Santo, hasta que el retrato queda perfectamente acabado.

Para exponer más ampliamente esta doctrina, y avergonzar á los hombres de poca fe, á quienes ponen espanto estas maravillas del amor divino, no puedo resistir al deseo de regalaros y engolosinaros para concluir, con estas bellas frases del tan sublime como infortunado maestro Fray Luis de León: "No hiciera Dios por nosotros mucho, si no hiciera más de lo que nuestro sentido traza y alcanza. Que cosa es hacer mercedes á gente de poco saber, y de pecho angosto, que porque exceden á lo que ellos hicieran, ponen en duda si se las hacen. ¿Cómo se hizo Dios hombre?. Digo que amando al hombre. ¿Por ventura es cosa nueva que el amor vista del amado al que ama? ¿que le ayunte con él, que le trasforme? Quien se inclina mucho á una cosa, quien piensa en ella de continuo, quien conversa siempre con ella, quien la remeda, fácilmente queda hecho ella misma. ¿Qué decía poco ha el Verbo de sí? ¿no decía que era su deleite el tratar con los hombres?. Y no solamente tratar con ellos, más vestirse de su figura, aun antes que tomase su carne. Que con Adán habló en el Paraíso en figura de hombre, y con Abram cuando descendió á destruir á Sodoma, y con Jacob en la lucha, y con Moisés en la zarza, y con Josué el capitán de Israel, pues salióle el trato á la cara, y haciendo del hombre, salió hecho hombre: y gustando de disfrazarse con nuestra máscara, quedó con la figura verdadera á la fin."

Ya os dije, hermanos míos, quien es María, el poder que tiene y la misión que ejerce donde quiera que sienta sus reales y levanta su trono. Os he hablado de vuestra vocación altísima, y de la obligación que teneis de corresponder a ella, imprimiendo en vuestra alma la imagen de Cristo, y engrandeciendo al Señor para que se regocije vuestro espíritu. «Por-

que si considero, dice Orígenes, que nuestra alma es imagen de la imagen de Dios, y que cada uno de nosotros tiene que formar en ella la imagen de Cristo, cuanto más grande hagamos esta imagen, amplificándola con pensamientos más puros, con discursos más elevados, con obras más heróicas, tanto más crecerá la imagen de Dios, y el mismo Señor se engrandecerá de nuestras almas.»

Señora, he terminado. Tú sabes, y mi auditorio también, que la doctrina expuesta no es mía, porque yo no soy la luz; pero he venido á dar testimonio de la luz. No les he venido á declarar mi voluntad, sino la tuya y la de tu Hijo santísimo. Solamente soy la trompeta que clama en Sión para publicar los decretos del cielo. Sólo he venido á decir en la luz lo que se me ha dicho en las tinieblas, y á predicar sobre los tejados lo que se me ha dicho al oído. He cumplido mi oficio; sigue Tú, Señora, desempeñando el tuyo. Muestra siempre al Señor que eres nuestra Madre; reciba por Tí nuestras plegarias. Aquel que nada más por nosotros no se desdeñe de ser hijo tuyo. Bendice, Señora, á esta Ciudad, que es herencia tuya. Que nunca le falte la luz de la gracia y el fuego de tu amor. Que si alguna vez el Señor, irritado por los pecados de este pueblo, quisiera castigarlo, retirando de su entendimiento la luz de la fe y entregándolo al sentido réprobo, haz que se cambie este castigo; que primero desaparezca, como hace algunos años iba á desaparecer, pero siempre invocando tu nombre y el de tu Hijo santísimo. Que desaparezca, Señora, en la tierra, pero que vaya á aparecer contigo en el cielo!

